

OSVALDO A ECKELL
Académico de número

Prevención de la rabia y de sus peligros actuales y potenciales

•

CONFERENCIA EN LA
ACADEMIA NACIONAL DE MEDICINA

4 de noviembre de 1963

•

ACADEMIA NACIONAL
DE AGRONOMIA Y VETERINARIA
BUENOS AIRES
1963

ACADEMIA NACIONAL DE AGRONOMIA Y VETERINARIA

Buenos Aires - Arenales 1678

*

MESA DIRECTIVA

<i>Presidente</i>	Ing. Agr. José María Bustillo
<i>Vicepresidente</i>	Dr. José Rafael Serres
<i>Secretario General</i>	Dr. Osvaldo A. Eckell
<i>Secretario de Actas</i>	Dr. Antonio Pires.
<i>Tesorero</i>	Ing. Agr. Eduardo Pous Peña

ACADEMICOS DE NUMERO

Dr. Arena, Andrés R.
Dr. Baudou, Alejandro C. —
Ing. Agr. Burkart, Arturo E.
Ing. Agr. Brunini, Vicente C.
Ing. Agr. Bustillo, José María
Dr. Candioti, Agustín N.
Dr. Cárcano, Miguel Angel
Ing. Agr. Casares, Miguel F.
Dr. Eckell, Osvaldo A.
Dr. Fernández Ithurrat, Edilberto
Dr. García Mata, Enrique
Ing. Agr. Ibarbia, Diego J.
Dr. Newton, Oscar M.
Ing. Agr. Ortega, Gabriel O.
Ing. Agr. Parodi, Lorenzo R.
Dr. Pires, Antonio
Ing. Agr. Pous Peña, Eduardo
Dr. Quiroga, Santiago S.
Ing. Agr. Ragonese, Arturo E.
Dr. Rosenbusch, Francisco
Dr. Rottgardt, Abel A.
Ing. Agr. Sauberan, Carlos
Dr. Schang, Pedro J.
Dr. Serres, José Rafael
Dr. Solanet, Emilio
Ing. Agr. Zemborain, Saturnino

PALABRAS PRONUNCIADAS POR EL SEÑOR PRESIDENTE
DE LA ACADEMIA NACIONAL DE MEDICINA, DR. LUIS
FIGUEROA ALCORTA, EN EL ACTO PROGRAMADO POR
LA ACADEMIA NACIONAL DE AGRONOMIA
Y VETERINARIA

4 de noviembre de 1963

Señor Presidente de la Academia Nacional de Agronomía y Veterinaria, Ingeniero José María Bustillo;

Señor Presidente de la Academia Nacional de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, Dr. Abel Sánchez Díaz;

Señores Académicos, Señoras y Señores:

Es para nuestra Corporación, motivo de particular honra y complacencia, el de ofrecer su tribuna a la Academia Nacional de Agronomía y Veterinaria, a objeto de que uno de sus miembros eminentes, el Dr. Osvaldo A. Eckell, pronuncie una conferencia acerca de la "Prevención de la rabia y sus peligros actuales y potenciales", tema por cierto de permanente y justificado interés, ya que el trascendental problema que plantea la rabia, cuya solución ha sido lograda en muchos aspectos de su enfoque preventivo y de las etapas iniciales de su evolución, lamentablemente no se ha conseguido aún con ninguna medida terapéutica, cuando el mal llega al estado de enfermedad constituida.

En consecuencia, mientras no se encuentre la manera de combatirla eficazmente en ese período crítico, todo nuevo intento, método, consejo o plan, científicamente concebido y elaborado, que venga a mejorar o aumentar los recursos que ya poseemos en el campo de la prevención, será considerado como una esperanza que se incorporará en buena hora, a la lucha que se libra sin descanso, contra el flagelo que castiga cruelmente a los habitantes del mundo en todas sus latitudes.

Siendo este interesante asunto, el que desarrollará en su disertación de hoy, el señor Académico visitante Dr. Osvaldo A. Eckell, cuya manifiesta competencia en la materia es vastamente conocida, debe preverse que el ilustrado auditorio que ocupa este recinto, tendrá ocasión de adquirir valiosos y útiles conocimientos, de los que podrá eventualmente valerse, para su propia protección y la de sus semejantes, frente a los ataques y efectos implacables de tan grave enfermedad.

Al terminar estas breves palabras, deseo, en nombre del Hon. Cuerpo, cuya representación invisto, rendir un homenaje de alta consideración a la Academia Nacional de Agronomía y Veterinaria, en la persona de su ilustre Presidente el Ingeniero Don José María Bustillo a quien invito a ocupar el primer lugar entre nosotros.

PALABRAS DEL SEÑOR PRESIDENTE DE LA ACADEMIA
NACIONAL DE AGRONOMIA Y VETERINARIA
ING. AGR. JOSE MARIA BUSTILLO

La Academia Nacional de Medicina, ha tenido la amabilidad de concedernos su salón de actos. Se trata de una conferencia de singular importancia, tanto para las ciencias médicas, como para la ciencia veterinaria. El tema es la rabia, que ataca mortalmente al hombre y de cuyo virus es vehículo un animal, generalmente el perro.

Nuestras academias, cualquiera sean sus especialidades, tienen una base científica común y colaborar dentro de sus respectivas actividades, en el esclarecimiento de un grave problema sanitario, es contribuir al progreso de la técnica y de la ciencia.

Agradezco en nombre de la Academia que presido, a la Academia de Medicina, ambas nacionales, su amistosa hospitalidad. Nos sentimos honrados por tratarse de una Institución culturalmente prestigiosa y destacada en la consideración pública. Como también que sea su propio presidente, quien nos reciba con amables y estimulantes palabras.

El Dr. Figueroa Alcorta, cuya autoridad científica y su dedicación al elevado cargo que desempeña, destacan su personalidad, tiene también, lo que es de significativo valor en la formación espiritual, una tradición hogareña que estimula la rectitud y determina la acción. Es hijo del único argentino que presidió los tres poderes del Estado y en todos se destacó por su inteligencia, su probidad y su patriotismo.

Acalladas las pasiones, serenado el juicio, ha pasado a la historia como un abnegado servidor, leal a sus bien inspiradas convicciones, cumpliendo siempre con sus deberes, con encomiable firmeza.

Dr. Figueroa Alcorta, muchas gracias por la hospitalidad y por vuestras amables palabras.

La Academia Nacional de Agronomía y Veterinaria, desea examinar problemas que son de fundamental conveniencia pública.

Por eso ha considerado oportuno estudiar prolijamente el flagelo de la rabia, señalando sus terribles peligros.

Nuestro Académico, el Dr. José R. Serres se ha ocupado desde hace tiempo de estudiar con dedicación y amplitud este problema. Consecuentes con esas preocupaciones, es justificada la persistencia en la investigación, dando oportunidad a que otros investigadores, puedan hacer llegar a las autoridades y a la opinión pública, con concluyente realidad, los peligros que acechan a la población y en especial a los niños inocentes.

De este apasionante tema se ocupará el Dr. Osvaldo A. Eckell, estudioso, con valiosa experiencia. Ha ocupado honrosas posiciones, se ha distinguido en la cátedra, publicando libros, folletos y colaborando en los más autorizados periódicos y revistas. Es autor de un tratado de Veterinaria con varias ediciones que no falta en las bibliotecas de los profesionales, ni en los anaqueles de los ganaderos progresistas. Ha concurrido a congresos internacionales. Fue Vice-Decano de la Facultad de Ciencias Veterinarias de La Plata, en la que durante muchos años se desempeñó como profesor titular de las cátedras de Semiología y de Patología Médica.

Actuó en el Cuerpo Veterinario del Ejército Nacional, donde se estudia con entusiasmo y seriedad. Co-Director de la Obra Mapa Zootécnico Equino de la República Argentina, editado por la Dirección de Remonta y Veterinaria del Ejército.

Fue el primero en conquistar el grado de Coronel, el más alto que se otorga en el cuerpo de Veterinaria Militar.

Tuvimos en la Academia un pundonoroso militar, que inició de teniente sus estudios de Veterinario, graduándose de Doctor, sin interrumpir su carrera militar. Conquistó con sus trabajos científicos en veterinaria, las palmas académicas y con brillante foja de servicios, el grado de General de División.

Lo recuerdo ahora, porque lo imagino en este acto, colmado de satisfacción, al comprobar que un veterinario que actuando en el ejército con su recta conducta científica, llega a Coronel.

Me he referido al General Dr. José Morales Bustamante. Me tocó la triste misión de despedir sus restos. Esta reminiscencia prueba también, que los militares y civiles, con anhelo de servir al país, tanto en la ciencia como en cualquier otra noble tarea, unidos, recíprocamente se fortalecen y consolidan las instituciones.

Por último, el Dr. Osvaldo A. Eckell es Académico de Número. No es como generalmente se supone una honorífica distinción discernida como premio a una actividad científica digna de reposo, sino que ocupa un sitio, como otros que también llegan con distintas especialidades y disciplinas, se reúnen, cambian ideas sobre su propio saber y con la experiencia de todos examinan con redoblado interés, los problemas actuales, llegando frecuentemente a concordancias constructivas, que por falta de recursos no alcanzan suficiente difusión, pero quedan a disposición de los estudiosos y a veces llegan a los centros científicos nacionales y extranjeros. Quiero agregar como una prueba de colaboración entre ambas Academias que la de Medicina ha designado miembro de la misma, al Dr. Pedro J. Schang que es académico de la nuestra.

No quiero quitarles su tiempo, el Dr. Eckell demostrará que el académico trabaja y está al día en materia de investigación científica y tratará de demostrar la urgencia de tomar medidas sanitarias oficiales, guiadas por la ciencia y acatadas por la población, para erradicar una angustiosa pesadilla humana.

Dr. OSVALDO A. ECKELL

Conferencia

PREVENCION DE LA RABIA Y DE SUS PELIGROS ACTUALES Y POTENCIALES

La opinión pública ha sido recientemente conmovida por el fallecimiento de dos personas enfermas de rabia y de otras dos a consecuencia de accidentes de vacunación antirrábica. Estos dolorosos acontecimientos han sacudido la casi general indiferencia con que se estaba asistiendo a la constante afluencia de personas al Instituto Pasteur y a los dispensarios antirrábicos, así como a las repetidas advertencias en los diarios de la Capital, exhortando a concurrir a aquellas reparticiones a personas mordidas por perros callejeros rabiosos, y a la existencia de numerosos perros vagabundos en Buenos Aires y sus alrededores. Agreguemos un hecho poco conocido. La veterinaria argentina también ha pagado tributo a la zoonosis: hace 3 años en Corrientes murió de rabia un profesional contagiado por un vacuno, y en mayo pasado un joven veterinario militar, quien, mordido en su oportunidad por un perro, no pudo cumplir estrictamente el tratamiento vacunal post-infeccional, por los diversos trastornos que padeció.

Yendo al fondo de la cuestión, todo esto demuestra que el problema de la rabia subsiste y da la razón a la prédica de los técnicos y de los más calificados diarios de Buenos Aires, que insisten que si no existiese rabia canina, no se hubiesen producido esas muertes, de donde resulta

la necesidad de organizar, de una vez por todas, una campaña profiláctica seria, continuada y racional, que termine con la plaga, o que por lo menos la reduzca a límites compatibles con el grado de adelanto general alcanzado por la Nación y por Buenos Aires en particular. En verdad, debe reconocerse que la lucha antirrábica en la Argentina ha dado hasta ahora resultados mediocres, ya que sigue muriendo gente de rabia (37 en 1962), millares de personas deben concurrir a los dispensarios y todos los días, a toda hora y en todos los barrios se encuentran en las calles perros vagabundos y se capturan perros rabiosos. Es que acaso no se ha tenido en cuenta el principio universalmente aceptado de que sin rabia canina no hay rabia humana y que por ser la rabia una zoonosis, es decir, una enfermedad de los animales transmisible al hombre, la única forma de combatirla, haciendo así medicina preventiva, es actuando sobre el animal que la puede contagiar, en particular el perro.

La Academia Nacional de Agronomía y Veterinaria, siempre atenta a lo que tiene relación con sus fines específicos, no ha estado ausente en la consideración de este asunto. En dos medulosos trabajos, el señor Académico Secretario General del Cuerpo, Doctor José R. Serres, verdadero paladín en la lucha contra las zoonosis, ha tratado importantes aspectos de la rabia canina y ha hecho conocer su autorizada opinión al respecto. El II Congreso Nacional de Veterinaria (1960), organizado por iniciativa de la Academia, dijo también su palabra rectora sobre el problema.

Los reclamos mencionados no son únicos ni nuevos. Para no abundar excesivamente en detalles, recordemos que el Doctor Manuel V. Carbonell, al presentar en el H. Consejo Deliberante de la Capital Federal su proyecto de plan de lucha contra la rabia, sancionado en 1934 como ordenanza N° 5.834, expresó, entre otras cosas, que "las estadísticas y las crónicas de la prensa diaria ponen en evidencia que la ciudad de Buenos Aires se defiende mal del peligro de la rabia" y que solamente la aplicación estricta de la ordenanza propuesta haría desaparecer algún día la rabia de la Capital. Veinte años más tarde, en 1954, el Doctor Ricardo Esquivel, jefe del Servicio Nacional de la rabia, en una conferencia del ciclo de alta cultura para veterinarios militares, expresó textualmente: "En el momento actual hay un serio peligro que se cierne sobre este conglomerado humano que se radica en el Gran Buenos Aires. Las cifras procedentes de los dispensarios antirrábicos, son sencillamen-

te pavorosas". Al año siguiente de esta advertencia, murieron en Buenos Aires 23 personas rabiosas

Con respecto a la zoonosis que nos ocupa, el problema actual en la Argentina es la rabia canina, sin la cual, según ha expresado la Oficina Internacional de las Epizootias, no habría rabia humana. Por eso, para entrar en materia, debe precisarse ante todo cuál es la importancia de la rabia canina. Si no fuese más que una enfermedad de los perros, si no afectara más que a ellos o a otras especies animales, sería solamente cuestión de profilaxia y economía veterinaria. Pero, por su relación con la salud humana, la cuestión, sin dejar de ser médico veterinaria, pasa a serlo de salud pública, de tanta significación que en 1958, en solamente 65 países del orbe, casi 500.000 personas debieron recibir tratamiento antirrábico y 947 murieron de la enfermedad. Ciertamente es que 947 fallecimientos en un año, en 65 países, o las 37 defunciones producidas en la Argentina en el año 1962, (que con respecto a la rabia nos ponen en las peores condiciones sanitarias en todo el mundo), numéricamente no tienen mayor incidencia en la mortalidad en general, pues muere mucho más gente por cáncer, aterosclerosis, etc.: pero el hecho doloroso es que a diferencia de lo que ocurre con aquellas otras enfermedades, éstas son muertes injustificadas, que *no debieron producirse*, porque se cuenta actualmente con las bases técnicas para evitarlas.

En nuestro país todos los años muere gente mordida por animales rabiosos y durante todos los días del año concurren a los dispensarios, hombres, mujeres y niños mordidos por animales rabiosos o sospechosos de estarlo, para recibir tratamiento vacunal. En 1962 fueron atendidas en los dispensarios de todo el país 94.677 personas, de las cuales 81.450 en la Capital Federal y Gran Buenos Aires. Debieron someterse a tratamiento 26.733, a saber, 20.926 en Capital y alrededores y 5.807 en las provincias de Santa Fe, Tucumán, Salta, Mendoza, San Juan y Córdoba. Estas cifras son impresionantes: significan que sobre los 7 millones de habitantes de la Capital Federal y del Gran Buenos Aires, 1 por cada 86 ha sido mordido y necesitó concurrir alguna vez a los dispensarios antirrábicos, y 1 entre cada 334 ha sido vacunado. Según cálculos del Departamento de Planificación y Evaluación del Ministerio de Asistencia Social y Salud Pública de la Nación, el daño económico que el país ha sufrido el año pasado en concepto de pérdida de jornales y de productividad por concurrencia de los mordidos al dispensario, gastos administrativos de consulta y precio de las vacunas empleadas, sin incluir examen de los perros ni pruebas de laboratorio,

asciende a \$ 314.519.970 m/n.¹; con mucho menos se podría haber realizado la más eficaz y completa campaña antirrábica, que al hacer desaparecer la rabia canina, hubiera hecho innecesario este ingente sacrificio a la economía nacional. Pero lo que no puede apreciarse en dinero, es, aparte de los fallecimientos, el estado anímico de los mordidos, que por poca instrucción que tengan, saben que están expuestos a contraer la enfermedad y a morir en medio de horribles sufrimientos, o a sufrir accidentes vacunales, a veces de suma gravedad.

Esto explica que las más importantes organizaciones sanitarias del mundo se ocupen constantemente del problema. entre ellas, la Organización Mundial de la Salud (O M S), la Organización Sanitaria Panamericana (O S PA), la Oficina Sanitaria Panamericana (O S P.) y la Oficina Internacional de las Epizootias (O. I. E.), que conjuntamente con las investigaciones y recomendaciones de los expertos argentinos, constituyen un caudal de conocimientos que si hubiesen sido tenidos en cuenta y debidamente aplicados, habrían permitido erradicar la zoonosis.

Para llegar a afirmar que la rabia puede ser eliminada, o por lo menos reducida, el camino ha sido largo y doloroso para la humanidad.

La rabia canina es conocida desde hace 30 siglos, HOMERO (siglo IX a.J.C.?) se refiere a ella: DEMOCRITO, el "abderita" o el "miletio" (siglo V. a.J.C.) la consideró una inflamación de los nervios: ARISTOTELES (siglo IV a.J.C.) la describió en su "Historia Animalium"; también se ocuparon de ella DIOSCORIDES, GALENO, CELIO AURELIANO, OVIDIO, PLINIO, CORNELIO CELSO y otros filósofos y médicos de la época. El último de los nombrados, el "Hipócrates latino", en el siglo I de nuestra era, aconsejaba ya, para evitar el desarrollo del mal en la persona mordida, "succionar la herida para extraerle el veneno, siempre que quien efectúe la operación no tenga erosiones en la boca". ¡Maravilloso ejemplo del espíritu de observación de aquellos sabios filósofos y médicos, que abarcaban todas las ciencias y que sin conocer el mecanismo íntimo del proceso de las infecciones por virus y gérmenes, sabían ya que la inoculación de la rabia se hace a favor de heridas o escoriaciones!

Durante toda la oscura Edad Media, en el Renacimiento y aún en los comienzos de los Tiempos Modernos, no hubo progresos en la materia.

¹ Todos los datos estadísticos de la República Argentina provienen de la Comisión Interministerial de Zoonosis. Los del extranjero, proceden de la O. M. S., de la O. S. P. A. y de la O. I. E.

La creencia de que los perros rabiaban a consecuencia del calor del verano, por no poder satisfacer su sed o por otras causas imaginarias, se mantuvo, al tiempo que la observación de que la rabia humana era mortal, provocó verdaderos pánicos colectivos. La presencia de un perro rabioso en una villa era anunciada echando a vuelo las campanas de las iglesias para que la población se refugiara en las casas, mientras equipos de hombres salían a capturar y matar al animal: si éste se alejaba a otro pueblo, el rebato de las campanas iba denunciando su recorrido.

En ese entonces, los conceptos erróneos dominaron inclusive en los círculos más elevados. En 1612, la Facultad de Medicina de Friburgo, consultada por los vecinos de una población cercana, reunió su claustro de doctores y dictaminó que para el tratamiento del humano mordido por un perro rabioso, debía procederse "a cauterizar la herida con un hierro al rojo y repetir muchas veces esta operación durante el transcurso de medio año. Luego se tapanán los ojos a la persona mordida, se le asustará fuertemente para que quede dominada por el miedo y se le arrojará a un río o a un lago, manteniéndola por la fuerza durante un minuto bajo el agua. Estas sumersiones deben repetirse cada 4 ó 5 días"

Los conocimientos, empíricos hasta entonces, sufren una transformación fundamental en los siglos 18 y 19, entrando en el terreno científico y experimental a partir de 1790, desde que el médico toscano Eusebio Valli, inyectando saliva de perros rabiosos a otros animales, demuestra que la misma transmite la enfermedad, y con los geniales descubrimientos de Pasteur, que culminan con la vacunación del niño José Meister, primer ser humano sometido a la vacunación post-infeccional y que salvó su vida gracias a ella. Por último, en el siglo XX no puede dejar de citarse a Remlinger, Riffat-Bey, Negri, Henry Vallée, Umeno, Doi, Fermi, Ferrán, García e Izcara y tantos otros eminentes científicos que con su labor inteligente y continuada han ido marcando etapas que culminan en nuestros días en un cabal conocimiento de la enfermedad y en la posibilidad de luchar eficazmente contra ella.

En base a todo lo que actualmente se sabe, puede afirmarse que teóricamente, la rabia es una de las enfermedades más sencillas de prevenir. Sólo se trasmite por inoculación de saliva virulenta, lo que tiene lugar casi exclusivamente mediante mordeduras de animales rabiosos, de los cuales el más importante, desde el punto de vista del contagio al hom-

bre, es el perro doméstico, fácil de vigilar y en el cual la enfermedad se puede evitar casi con absoluta seguridad: la profilaxis se simplifica, por cuanto esta zoonosis no se propaga por el aire, los alimentos ni el agua, y excepcionalmente por contacto sin mordedura.

A pesar de estas circunstancias favorables, la rabia sigue existiendo. En ello influyen tres causas, dos de ellas íntimamente ligadas entre sí. La primera es la rabia de los animales salvajes (rabia selvática), muy difícil de combatir, origen a su vez de la rabia canina y que crea serias dificultades en los lugares donde existe. En los países donde no hay rabia selvática, tal como el nuestro hasta época reciente, la zoonosis no subsistiría si no fuera por el segundo factor negativo (acaso el primero en importancia): la inacción de las autoridades, que durante años no se han preocupado de realizar la lucha antirrábica con la intensidad y la continuidad necesarias, no han tenido en cuenta las sugerencias técnicas ni facilitado los medios necesarios para las campañas sanitarias, y no han actuado sobre el tercer motivo, que también les incumbe y que es la deficiente educación sanitaria popular.

Inclusive, la Argentina está en falta en el cumplimiento de sus compromisos internacionales, pues no ha llevado a la práctica las recomendaciones de la O. M. S., de la O. I. E. y de la O. S. P. A., a las que está adherida; tampoco se han cumplido los acuerdos firmados en 1948 con Chile, Paraguay, Brasil y Uruguay, aprobados por el Congreso Nacional en 1951, en donde se estableció el compromiso, para los países signatarios, de "mantener y mejorar los *servicios permanentes* de lucha antirrábica en todos sus aspectos, principalmente en las zonas fronterizas, vigilando el cumplimiento eficaz y permanente de las ordenanzas generales sobre profilaxia de la rabia". Que no se ha cumplido esa lucha en todos sus aspectos ni en forma permanente, surge patente de las estadísticas, pese a que en lo que respecta a Buenos Aires y alrededores, se ha contado con los instrumentos legales para hacerlo, representados por la ordenanza municipal N° 5.834 de la Capital y las leyes provinciales Nros. 5.220 y 5.664.

El académico Doctor Serres se ha ocupado ampliamente en la Academia, y fuera de ella, de la educación sanitaria popular, de la legislación referente a la rabia canina y de las bases técnicas de la lucha contra ella. Por lo tanto, no me referiré sino circunstancialmente a estos aspectos del problema de la rabia, llamando en cambio la atención sobre los peligros de la rabia selvática en la Argentina, sobre la necesidad de imponer ahora la vacunación obligatoria de los perros de Buenos Aires y

poblaciones lindantes, como complemento de la aplicación estricta de medidas de policía sanitaria veterinaria, y sobre algunos aspectos de la lucha antirrábica.

RABIA CANINA Y RABIA SELVÁTICA. PAPEL DE LOS ZORROS Y RATAS.

Aceptado el principio de que sin rabia canina no hay rabia humana y que para evitar la segunda debe combatirse la primera, hay otro eslabón en la propagación del mal, que no por menos divulgado carece de importancia, y que por representar una seria amenaza potencial en la Argentina, no debe ser descuidado desde ahora: ese eslabón es la rabia selvática.

Rabia selvática es la que afecta a los animales salvajes, o sea, a los que no son domésticos. La rabia canina y la selvática son producidas por el mismo virus, están estrechamente relacionadas entre sí, pero obligan a distintas formas de lucha y presentan muy diferentes posibilidades de erradicación. La primera, por lo fácil que es actuar sobre el perro, no ofrece dificultades para eliminarla, con métodos conocidos por todos pero jamás ejecutados en nuestro medio con la intensidad y continuidad necesarias, mediante medidas de policía sanitaria veterinaria y vacunación: la segunda es el mayor escollo para la desaparición de la zoonosis en cualquier parte que exista, pues resulta difícil la captura de los animales salvajes y por supuesto, no se puede emplear en ellos la vacunación.

En la Argentina la rabia humana provocada por mordeduras de animales salvajes es por ahora un riesgo poco común. En otros países no sucede así: en EE UU. de Norte América se calcula que el 20 % de los casos de rabia humana tienen ese origen, y en Irán, no hace mucho, lobos rabiosos provocaron un verdadero desastre entre los habitantes de una aldea.

La rabia selvática reina sobre todo entre los carnívoros salvajes, pero también afecta a roedores y otras especies, entre ellas los murciélagos. Entre los mamíferos carnívoros y roedores, su mayor frecuencia es en los zorros y lobos, zorrinos, comadrejas, coyotes, osos, chacales, tejones, martas, lince, turones, corzos, ratas, ratones y aún en las liebres y conejos.

Más que por la mordedura directa que puedan hacer al hombre, los animales salvajes rabiosos son peligrosos porque, mordiendo a los perros, actúan por su intermedio sobre el ser humano. Así se explica que en lugares donde no hay en determinado momento rabia canina y donde no se introduce ningún perro rabioso del exterior, aparezca de buenas a primeras un brote de la enfermedad en los perros o en los gatos. En la Argentina han ocurrido algunos de estos hechos y queda la duda de si algunos focos rábicos del interior no provendrán de animales salvajes.

Los zorros son particularmente peligrosos. En Canadá y en los EE. UU. provocan periódicamente serios recrudecimientos de la rabia entre los animales domésticos; allí, estas alimañas penetran audazmente en los corrales, en las casas y galpones, y como muchas veces no llegan a matar a las víctimas que muerden, las transforman en futuras difusoras del mal. En EE. UU., en un solo año (1953) sobre 8.837 casos de rabia animal, hubo 1.033 en zorros y 319 en zorrinos. En 1962, sobre un total de 3.724 casos de rabia animal, correspondieron 594 a los zorros y 1.449 a los zorrinos.

Austria, Rusia, Yugoslavia, Irán, Alemania y otras naciones de Europa y Asia tienen amplia experiencia en materia de rabia selvática. En Alemania, para combatirla, ya en 1937 se exterminaron 275.479 zorros. Después de la última guerra mundial se desorganizó la policía sanitaria veterinaria, los cazadores disminuyeron por la prohibición de tenencia de armas de fuego y se infiltraron muchos animales silvestres por la frontera Este. Para limitar la rabia selvática, el gobierno, además de requerir la colaboración de los cazadores, recurrió al método de inyectar gases tóxicos a base de ácido cianhídrico en las madrigueras, sobre todo en primavera, cuando las hembras permanecen todo el día en sus nidos, lo que hace más fácil matarlas, así como a la prole. Pese al empeño puesto en la acción, todavía en 1959 se registraron 1.781 casos de rabia en carnívoros salvajes, entre ellos 1.412 zorros.

En nuestro país no se supo, hasta hace muy poco, de la existencia de rabia selvática en carnívoros salvajes propiamente dichos, pero está documentado que hace 150 años la enfermedad era muy común en los perros cimarrones de la provincia de Buenos Aires, animales que por su modo de vida, pueden asimilarse a los salvajes. Según estudios del Académico de la Historia, Doctor Guillermo Gallardo, parece ser que la rabia, hasta entonces desconocida en los países del Plata, fue introducida en la República Oriental del Uruguay por perros traídos con las

invasiones inglesas, de donde se extendió a la Argentina, primero entre los perros domésticos y luego entre los cimarrones, con tal intensidad, que ya en 1813 y 1814 enormes jaurías de perros cimarrones rabiosos asolaban la campaña y obligaban, a los viajeros que acampaban, a tomar precauciones especiales en sus precarios campamentos, mientras en las estancias era a veces necesario rodear las casas con estacadas "con el objeto de preservarse de los muchos perros cimarrones rabiosos que abundan en estos campos".

En 1959, entre 43 zorros capturados en la provincia de Mendoza, se halló uno rabioso, con un virus extraordinariamente activo, de gran capacidad infectante. No es de conocimiento público que se haya hecho algo contra la rabia de los zorros en Mendoza. Dado que se calcula que en esa provincia andina existe un millón de zorros, no es aventurado suponer que ampliando las observaciones, aparecerán muchos más rabiosos: en base a la experiencia de otros países, se puede tener la seguridad de que si no se adoptan rápidas medidas, combatiendo a la especie con armas de fuego, con cebos tóxicos, con gases o con trampas, se complicará seriamente el problema de la profilaxis rábica en la Argentina. Por lo pronto, en una conferencia de prensa, en setiembre pasado, el Secretario de Salud Pública de la Municipalidad de Buenos Aires dio cuenta de un notable recrudecimiento de la rabia canina en Mendoza. ¿No tendrá relación con la rabia ya demostrada en los zorros?^{1,2}.

En la rabia selvática está incluida la de las ratas y ratones, de los que está plagado Buenos Aires y sus alrededores y a los cuales ni las autoridades ni la población combaten como corresponde. Se inculpa a las ratas de las bodegas de los barcos, de transportar la infección rábica entre los puertos, a través de los mares y se ha demostrado que el virus rábico en su pasaje por ratas y lauchas exalta su virulencia, lo que aumenta su peligrosidad. El consejero médico PETZELT, en el 9 % de los ratones de campo cazados cerca de Hannover, encontró virus rábico. El animal doméstico más expuesto a ser infectado por ratas rabiosas es el gato, que a su vez puede inocular al hombre, pero además las ra-

¹ En Mendoza acaba de morir de hidrofobia un ciudadano mordido por un perro. No se sabe cómo se contagió a su vez ese perro, que rabió en plena cordillera, pero bien podría ser hubiese sido mordido a su turno por un animal salvaje rabioso.

² En el Boletín de julio próximo pasado de la O. S. P. A. se publica un trabajo experimental del que resulta que los zorrinos rabiosos eliminan con su saliva mayor cantidad de virus que los zorros, presentando además largos periodos de rabia furiosa, de hasta 14 días de duración. Dada la enorme cantidad de zorrinos existentes en nuestros campos, sería sumamente peligroso que la rabia se difundiese entre ellos.

tas y lauchas suelen morder directamente a las personas: según las estadísticas del Instituto Pasteur, en la Capital Federal, en los 6 primeros meses de 1962, se atendieron varios pacientes atacados por 24 ratas y 3 lauchas "sospechosas", que no pudieron ser examinadas, por huir después de la mordedura.

LA RABIA DE LOS MURCIELAGOS

Un aspecto particularmente grave de la rabia selvática es el papel difusor que en ella tienen los vampiros y murciélagos.

En la mayor parte de los países de América, de Méjico al Sur, existe una forma de rabia paresiente o paralítica que afecta sobre todo al ganado vacuno. Esta enfermedad es bastante común en las provincias del N. E. de la Argentina, y se la denomina "mal de caderas de los vacunos". Es provocada por la mordedura de vampiros rabiosos, clasificados como *Desmodus rotundus*. Según MALAGA, experto en la materia, en Sud América la rabia paresiente ocasionó en un solo año, en 1956, la pérdida de 1 millón de cabezas de ganado y un perjuicio de 80 millones de dólares. La lucha contra la enfermedad se basa en el alejamiento del ganado de los montes donde tienen su guarida las *Desmodus* y en la aplicación a los bovinos de una vacuna pre-infeccional, que da muy buenos resultados.

Los *Desmodus* y otros vampiros, cuando no tienen a su alcance vacunos para morder, atacan al hombre, especialmente de noche, cuando duerme fuera de las habitaciones o lo hace con las puertas y ventanas abiertas. El primer caso de rabia humana mortal después de una mordedura de vampiro se produjo en Siparia, isla de Trinidad, en 1930: hasta 1953 se habían producido ya 89 casos fatales, los que al principio fueron considerados erróneamente como poliomielitis de localización bulbar. En Méjico, en 1951, de 7 personas mordidas por un vampiro, 3 murieron rabiosas: poco después otro murciélago hematófago mordió a 13 niños, de los cuales 4 rabiaron y murieron.

Ante nuevos descubrimientos de estos últimos años, ha quedado demostrado que el triste privilegio de transmitir la rabia no es privativo de los murciélagos hematófagos, sino también de los insectívoros y frugívoros, en los cuales se ha hallado virus rábico centenares de ve-

ces, tanto en EE. UU. como en Canadá, Turquía y Yugoslavia. En EE. UU. la primera observación fue hecha en Tampa (Florida) en un murciélago insectívoro capturado cuando atacaba a un niño; desde entonces hasta 1958 el hallazgo de virus rábico se repitió más de 200 veces en 19 Estados, no sólo del Sur, como Florida, Alabama y Texas, sino también en el Norte (New York, Michigan, Montana, etcétera). En 1962 las comprobaciones ya excedían de 600, en 37 Estados de la Unión.

En aquella Nación, unos 35 casos de rabia humana se han relacionado con mordeduras de murciélagos insectívoros y frugívoros, tanto solitarios o arborícolas, como gregarios o trogloditas. Entre ellos merecen citarse especialmente lo ocurrido en un laboratorio, donde se trabajaba sobre rabia de los murciélagos; el de una mujer, que en 1951, en BIG SPRINGS, (Texas), fue mordida al intentar levantar un murciélago que estaba caído en la calle; y el de otra mujer, que en BUTTE COUNTY (California) murió de rabia dos meses después de ser mordida por un murciélago rabioso. En 1956 murió de rabia, confirmado con el examen de su cerebro, el entomólogo MENZIES, de Texas. Antes de fallecer, manifestó no tener conciencia de haber sido mordido por ningún animal rabioso, pero tiempo antes de enfermar había estado cazando murciélagos en una caverna.

Los murciélagos infectados mueren a veces sin síntomas. Otros, vuelan al principio con dificultad, para terminar quedando en el suelo, donde se arrastran sin poder levantar el vuelo, pero conservándose inquietos y agresivos; hasta que se produce la parálisis de la mandíbula, mantienen su capacidad de morder y de inocular saliva virulenta. Por último, hay murciélagos infectados que no presentan síntoma alguno y viven varios meses, constituyéndose así en depositarios de virus y difusores del mal. NIKOLICH, investigador del Instituto Antirrábico de Novi-Sad (Yugoslavia) ha comprobado que los cadáveres enterrados de pequeños animales salvajes muertos de rabia, contienen virus; que en ellos pululan larvas de un insecto necróforo, el NECROPHORUS VESPILO, que también lo contienen, así como sus formas adultas, que sirven de alimento a los murciélagos. Ha producido experimentalmente rabia en ratones con material de cerebro de topos, muy voraces con respecto a las larvas de Necrophorus. Por último, ha encontrado que un ectoparásito muy abundante en los murciélagos, el GAMUS CLEOPHRATORUM, parásita igualmente al Necrophorus

y se encuentra en los cadáveres rábicos, sospechando que acaso pueda ser un vector de la rabia.

No está dicha la última palabra en este aspecto de la difusión de la rabia por los murciélagos. Si bien no debe exagerarse el peligro, pues el virus rábico se atenúa en su pasaje por ellos y queda en estado de pasividad, tampoco puede menospreciarse el riesgo que representan, pues los hechos mencionados son suficientemente importantes como para preocupar, sobre todo si tenemos en cuenta que los murciélagos son los mamíferos más numerosos en todo el orbe y que dada la versatilidad de los virus filtrables, no se puede asegurar que en algún momento, por pasaje por otras especies o por cualquier otra razón, el de los murciélagos no exalte su virulencia con respecto al hombre.

Recientemente apareció un brote muy grave de rabia en RUANDA URUNDI, en Africa. Los técnicos que actuaron en la emergencia apreciaron que tal vez su origen fuera la rabia selvática, muy probablemente procedente de los murciélagos, ya que otra vía de introducción de la enfermedad no se pudo determinar. Al respecto, el Doctor E. A. Eichorn, autoridad mundial en la materia, jefe de la subdirección de Sanidad Animal de la F. A. O., ha llamado la atención sobre el hecho de que corresponde a los animales salvajes una parte cada vez mayor en la difusión de la rabia y que los murciélagos, aún como simples depositarios de virus, pueden crear en el mundo entero un problema por ahora sin solución.

LA RABIA PUEDE EXTIRPARSE

Es perfectamente factible extirpar la rabia de un país o región, aún cuando haya rabia selvática, siempre que la misma no esté extraordinariamente difundida, si se aplican estrictamente adecuadas medidas de policía sanitaria veterinaria y se impone, cuando es necesario, la vacunación obligatoria de los perros.

Que la rabia se puede erradicar, lo señalan los boletines de la O I E., que periódicamente dan una larga lista de países y regiones libres de rabia, algunos de ellos anteriormente muy infectados. Suecia no la tiene desde 1870; Inglaterra desde 1922; Nueva Zelandia jamás la ha tenido, favorecida por su carácter insular, que crea barreras naturales

a la infección procedente del exterior; en Australia sólo se menciona un brote de rabia en 1867, en que rabiaron 2 perros y 1 cerdo, muriendo un niño que fue mordido por uno de los perros. En aquel país, para evitar que los perros que se importan introduzcan la enfermedad, se les somete a una cuarentena rigurosa y prolongada, con sacrificio al menor síntoma sospechoso: algo análogo sucede en Gran Bretaña.

Entre los países indemnes, la República Oriental del Uruguay nos demuestra como, por la sola y continuada aplicación de medidas de policía sanitaria veterinaria y con una adecuada colaboración popular, se puede eliminar la rabia canina.

Esta pequeña Gran Nación de allende el Plata está indemne de rabia desde 1950. Para el plan de acción, se dividió al territorio en dos zonas. La del Sur, con Montevideo como foco principal de rabia canina, fue ya librada de la zoonosis en 1944, luego de 10 años de aplicar sin desmayo las reglas de policía sanitaria; seis años después desapareció también la enfermedad de la zona Norte. Toda esa tarea se efectuó con solo dos equipos de perreras en vehículos automotores.

La eliminación de la rabia en el Uruguay ha sido facilitada, es cierto, por la configuración del país, que salvo 400 kilómetros de frontera con el Brasil, está protegido por barreras naturales (océano, grandes ríos, bañados, lagunas) por la inexistencia de murciélagos. Desmodus y de rabia selvática en los mamíferos terrestres, así como por la buena educación sanitaria realizada en las escuelas. Si los uruguayos han librado de rabia a su país, sin campañas espectaculares ni reglamentaciones especiales de emergencia, ¿por qué no puede hacerse lo mismo en la provincia de Buenos Aires, privilegiada en todos sus aspectos, hasta en el de su nivel de cultura popular general, y contando para hacerlo, con leyes adecuadas y municipios poderosos?

Si han sido brillantes los resultados obtenidos en la República Oriental del Uruguay, el análisis de lo ocurrido en muchos otros países demuestra que complementando las medidas de policía sanitaria veterinaria con la vacunación obligatoria, el éxito es más fácil y rápido.

En Dinamarca, ante el avance de la rabia desde la Alemania destruida por la guerra, se efectuó en el otoño de 1953 la vacunación de alrededor de un millón de perros, en una franja de profundidad de 25 a 30 kilómetros a todo lo largo de la frontera, además de la captura y sacrificio de los perros sin dueño: la rabia no pudo penetrar a través de la barrera que así se le opuso.

La forma en que hace 10 años se logró en Malasia la desaparición de la rabia, es recomendada por la O M S. a la consideración de los países adheridos a ella. En 1952, la rabia canina, hasta entonces enzootica, se hizo epizootica. Ante esa crítica situación, parecida a la nuestra, y contando, desde luego, con todos los medios necesarios, se realizó una rigurosa acción de policía sanitaria veterinaria y se procedió a la vacunación compulsiva de los perros, la que se completó en 2½ meses. Los infractores a la obligación de vacunar a sus canes y de no dejarlos sueltos en la vía pública, eran castigados con multas severas o con prisión; en 10 semanas se sacrificaron 30.000 perros vagabundos. La incidencia de la enfermedad fue reduciéndose rápidamente y en 1954 el país quedó libre de rabia.

Otro ejemplo del valor de complementar la policía sanitaria veterinaria con la vacunación obligatoria, es el de Rhodesia del Sur, donde la zoonosis se expandió con ímpetu en 1950, introducida por perros procedentes de la Unión Sudafricana. Se la empezó a combatir mediante sacrificio de los perros vagabundos, obligación de tenerlos atados, etc., pero todo ello no tuvo éxito por las condiciones del medio y la modalidad de los habitantes. Sin descuidar esa tarea, difícil e incompleta, se recurrió entonces a la vacunación compulsiva con vacuna Flury; 17 distritos infectados quedaron saneados al año de iniciada la acción profiláctica.

Israel, Japón, Hungría e Italia obtuvieron los mismos beneficios de esa asociación. En Italia, entre 1946 y 1953, se sacrificaron 1 millón de perros errabundos, pero desde 1949 hubo que imponer la vacunación obligatoria de los que tenían dueño, ante una situación muy seria, como que en 1947 y 1948 los casos de rabia canina confirmada excedieron de 2.000 por año. Entre 1950 y 1953 la rabia canina se redujo de 1.141 casos anuales a 292 y la rabia humana de 41 a 5. En 1953 todo el Norte y centro del país, así como la isla de Cerdeña, quedaron exentos de rabia canina; en el Sur el estado de cosas mejoró, pero no tanto, por la incidencia de Nápoles y de Sicilia, donde la rabia, en la post-guerra, tuvo muy amplia difusión.

Dentro del panorama general de Italia, merece especial consideración la comparación de los resultados obtenidos en Cerdeña y en Sicilia, pues señalan con cifras elocuentes de qué manera la vacunación obligatoria contribuye a disminuir la matanza de perros.

En Cerdeña se procedió a una vacunación masiva: entre 1950 y 1953 se inmunizaron 176.277 perros y en el mismo tiempo, se sa-

sacrificaron 14.627, es decir, una relación de aproximadamente 11 vacunados por 1 sacrificado. La rabia canina disminuyó de 130 casos en 1950, a 100 en 1951 y a 12 en 1952; en 1953 no se comprobó ninguno. En cambio, en Sicilia, en el mismo tiempo se vacunaron 64.749 animales, o sea, menos de la mitad que en la otra isla, y se sacrificaron 67.887; la amplia relación sarda de 11:1 se contrajo así a 0.95:1. Ese sacrificio masivo de perros, casi 5 veces mayor que el de Cerdeña, no mejoró el índice de infección, pues los casos de rabia canina se fueron elevando anualmente de 64, en 1950, a 84, 132, llegando a 160 en 1953. Todos los que sienten afecto por los perros, deben tener muy presente este suceso.

Ante los ejemplos recién citados y también por lo que recomienda la O I E., debe darse por admitido que la combinación de una adecuada policía sanitaria veterinaria, con la vacunación obligatoria de los perros, es la mejor forma de combatir la rabia canina en una situación tan grave como la que hace tiempo soportan Buenos Aires y sus alrededores.

Con respecto a las medidas de policía sanitaria veterinaria, sin entrar a considerarlas en detalle, las principales reglas a aplicar consisten en: secuestro y sacrificio sin apelación de todo perro errante, no vacunado y sin registro o patente; sacrificio de los animales rabiosos o sospechosos; obligación de llevar a los institutos antirrábicos a los animales que han mordido; sacrificio de los perros y gatos no vacunados que hayan estado en contacto con uno rabioso, hayan sido mordidos o no por aquel; tratamiento diferencial para los perros y gatos vacunados y con registro-patente; circulación de los perros vacunados y con registro, condicionada a ser llevados por sus dueños, con bozal colocado y cadena de sujeción; y denuncia obligatoria de todo caso de rabia, o sospechoso.

Debe insistirse en que estas medidas sean aplicadas en forma severa, continuada y con justicia.

La severidad no requiere comentarios: la estrictez y exactitud en el cumplimiento de las leyes y reglamentaciones, aunque en este país no estemos acostumbrados a ello, es condición sine-qua-non para lograr el objetivo que las hizo promulgar.

La continuidad en la acción es indispensable: cada vez que por cualquier motivo la actividad veterinaria profiláctica se ha relajado, la rabia ha recrudecido, tanto aquí como en Israel, Japón. Londres y otras partes del mundo.

La justicia en la aplicación de las medidas de policía sanitaria es la única manera de ganar la confianza y la colaboración pública. En este sentido, debo referirme a dos situaciones distintas, pero de igual importancia. Hay muchas denuncias de incorrección de procedimientos por parte del personal de las perreras y si bien algunas son infundadas, otras, formuladas por personas responsables, no pueden dejar de tenerse en cuenta. Es necesario que el personal en cuestión sea aleccionado sobre su forma de proceder y que se ejerza sobre él la fiscalización indispensable para evitar abusos. Si es criticable la hostilidad con que se recibe en algunas barriadas a los recolectores de perros, sin tener en cuenta que cumplen una misión de bien público, igualmente lo son los atropellos de que ellos son responsables.

También debe haber justicia en la gradación de las penas y de las medidas de orden sanitario. En abril del año pasado, por decreto 5.620, el Intendente de la ciudad de Buenos Aires decidió que todo perro hallado suelto en la vía pública fuese capturado y sacrificado de inmediato, aunque estuviese patentado y vacunado. Esta resolución es discutible: no puede tratarse de igual manera al perro errante, sin dueño conocido, sin patente ni vacuna, que al animal en condiciones reglamentarias, patentado y vacunado, que por cualquier causa deambula por las calles, ya que éste no ofrece el mismo peligro que el anterior y demuestra, por parte de su propietario, cierto grado de interés en el cumplimiento de la ley. Una disposición como esa puede aceptarse solo ante la falta total de colaboración pública y en casos de muy grave emergencia, a la cual, en nuestro caso particular, se ha llegado en el curso de los años, por la inacción de las autoridades encargadas de la lucha antirrábica; pero la verdad es que mientras se condenó a muerte a perros inofensivos, quedaron por las calles multitud de perros realmente vagabundos.

El perro errático, sin dueño conocido, sin patente y sin vacuna, debe ser sacrificado sin apelación; para el otro, debe fijarse un plazo de 2 ó 3 días para ser devuelto a su dueño, previo pago de una multa que castigue su negligencia o descuido. Aún si ese perro vacunado y con propietario responsable ha tenido contacto con alguno rabioso, puede procederse como lo recomienda la O. M. S., o sea: "Si el animal ha sido vacunado 30 días antes del hecho y en el transcurso de los últimos 12 meses mediante una vacuna de tipo nervioso, o en el de los 3 últimos años mediante una vacuna preparada sobre embrión de pollo, hay que revacunarlo y tenerlo sujeto o encerrado durante 30 días, en

perrera y bajo vigilancia veterinaria''. De esta manera, quienes deseen salvar a sus perros, se sentirán alentados a protegerlos mediante la vacunación.

Los gastos de cuarentena y fiscalización veterinaria deben ser por cuenta del propietario, quién, al hacer frente a ellos y al pago de la multa, tomará buen cuidado de que su perro no salga más a la calle sin bozal y sin ser sujetado por la cadena. Desde luego que la negativa de abonar esos importes motiva el sacrificio del animal.

Quienes se oponen al rescate del perro vacunado y patentado, sostienen que, al ser trasladado por la perrera, ha tomado contacto, y acaso haya sido mordido, por alguno rabioso. Ya hemos visto que la recomendación de los expertos de la O. M. S. da como solución la revacunación y cuarentena, la que, extremando precauciones, puede prolongarse a 90 ó 120 días; también se puede evitar toda contingencia disponiendo en los vehículos recolectores compartimientos individuales, o por lo menos uno separado para los perros vacunados y patentados.

La vacunación obligatoria de los perros, útil complemento de las medidas de policía sanitaria, es una necesidad en un medio como el nuestro, donde la vacunación voluntaria ha fracasado. En 1962 se vacunaron en Buenos Aires y alrededores 180.799 perros, sobre un total calculado de 700.000, ó sea, apenas un 25,82 %, pese a que la vacunación fue gratuita y que numerosos equipos de vacunadores actuaron en todos los barrios, para mayor comodidad de los tenedores de animales. En abril y mayo de 1963, previa intensa propaganda y con las mismas facilidades que el año pasado, apenas si se vacunaron 21.008 perros. LA O.M.S. ha establecido que la vacunación da buenos resultados siempre que sea completada en unos 3 meses y en no menos del 70 % de los perros de una población; con la vacunación voluntaria, estamos muy lejos de llegar a ese desideratum.

La obligación de vacunar no puede ser discutida. Si en la Argentina se ha impuesto la vacunación antiaftosa del ganado, por cuenta de sus propietarios, como medio de defender sobre todo nuestro comercio exterior de carnes, es decir, con un fin primordialmente económico, ¿por qué no se obliga a vacunar a los perros contra la rabia, en defensa de algo más valioso, como es la salud pública y la vida humana?

No hay ninguna razón valedera para que el Estado tenga que hacerse cargo de los gastos que impone la vacunación antirrábica, como

que no lo hace con las vacunaciones que protegen contra sus plagas a nuestra ganadería, riqueza básica del país. Cada propietario está obligado a atender el mantenimiento de sus bienes, de cualquier naturaleza que sean y a conservarlos en condiciones reglamentarias, máxime con un animal como el perro, que, en las ciudades, es un lujo. El requerimiento de que se lo vacune, para proteger de la rabia a la población y al propio animal, es una exigencia que todos deben aceptar, por sus altas finalidades y porque su costo es tan reducido, que no se le puede atribuir la importancia que quieren darle los sistemáticos opositores a todo.

DEBE HACERSE UNA CAMPAÑA ANTIRRABICA INTEGRAL

No se puede negar lo evidente. En la profilaxis antirrábica la Argentina está a la zaga de otros países que disponen de menores medios, inferior cultura general o condiciones geográficas más desfavorables. En este aspecto, los gobiernos no han cumplido cabalmente con la obligación de defender la salud pública, pero tampoco la población ha colaborado con las autoridades.

La insuficiencia de la acción oficial surge claramente del estudio de las cifras estadísticas nacionales, y de su comparación con las del extranjero.

1962 ha sido nuestro año crítico, con 37 casos de rabia humana y 1.632 de rabia canina confirmada. En él se intensificó la lucha antirrábica, capturándose 74.140 perros callejeros y vacunándose 180.799, lo cual, si bien parece mucho, es en realidad muy poco ante el grave estado sanitario existente. Si consideramos que en Buenos Aires y suburbios existen 700.000 perros, de los cuales más del 30 % son hembras, que contribuyen al rápido aumento vegetativo de la especie, y que del gran total de caninos el 50 % carecen de dueño o son propiedad de gente que no se preocupa por ellos, no los vacuna y los deja vagar por las calles, la captura mínima de perros debió ser de un 20 % de las existencias, o sea, anualmente, de alrededor de 140.000 perros: vale decir, que en esta actividad no se ha llegado en 1962 sino a la mitad de lo que debió ser. Este déficit es en buena parte imputable a

los Municipios del Gran Buenos Aires, algunos de los cuales, como Esteban Echeverría y Lanús, no contribuyeron con la captura de ningún perro callejero, y otros, como Almirante Brown, Florencio Varela y San Fernando, lo hicieron en ínfima proporción¹. Debo insistir en que no se trata de exterminar indiscriminadamente al fiel amigo del hombre, pero sí a aquel que constituye un peligro para las personas y aún para los mismos perros a quienes sus propietarios cuidan, y que se encuentran expuestos a ser mordidos en cualquier momento.

La acción fue mucho más floja en 1961. Con 38.323 capturas, quedaron en las calles alrededor de 100.000 perros que debieron ser secuestrados. Las vacunaciones fueron solamente 90.769, lo que representa apenas el 12,97 % de las existencias, porcentaje tan ínfimo que le quita todo valor profiláctico.

La comparación de la efectividad de la lucha antirrábica en nuestra Capital y sus alrededores, con lo hecho en otras partes del mundo, señala la insuficiencia de lo aquí realizado.

En Hungría, ante la comprobación de 471 casos de rabia canina, se inició en 1936 una intensa campaña preventiva, vacunándose durante 10 años, a un promedio de 550.000 perros por año. Nuestra máxima vacunación, en 1962, fue de 1/3 del promedio húngaro, eso que hubieron 1.632 casos de rabia canina confirmada (casi 3 1/2 veces más que en Hungría). Si consideramos nuestro quinquenio 1958-62, con un promedio de poco menos de 110.000 vacunaciones anuales, resulta apenas la 1/5 parte de lo que se vacunó en Hungría. En la Capital y Gran Buenos Aires, se sacrificaron en el último quinquenio 205.358 perros (promedio, 41.271 por año); en Italia, en 4 años (1950-53) se vacunó y sacrificó a razón de un promedio de 223.360 y 105.707 por año, respectivamente; en Japón, en 6 años (1923-29) se eliminaron 1.137.113 perros errantes y se vacunaron 1.233.637; en Israel, en 1952, se vacunó al 90 % de toda la población canina del país; en Rhodesia del Sur la vacunación llegó al 92 % de las existencias calculadas.

Estos datos estadísticos explican el porque del fracaso en la profilaxis de la rabia en la Argentina, que en este sentido exhibe ante el mundo una posición negligente que no nos honra, y debe llamar a la reflexión a las autoridades obligadas a arbitrar los medios necesarios

¹ "Informativo de lucha contra las zoonosis". Año I, nº 1.

para una eficaz lucha antirrábica y a las que tienen a su cargo la ejecución de la misma.

En síntesis, en base a todo lo que hoy se sabe sobre la zoonosis, la campaña antirrábica integral debe comprender 3 grandes actividades, a saber:

- 1º) — *Educación sanitaria popular*. Poco se ha hecho en este sentido. Una acción destacada corresponde a la prensa, que tanto se ha ocupado del problema en estos últimos tiempos. Pero debe insistirse, en la escuela, llegando al hogar con palabras claras y convincentes, y en los cuarteles, tal como ya una vez algo hicimos con respecto a la hidatidosis, cuando los veterinarios militares daban sencillas conferencias con material a la vista, para ilustrar a la tropa sobre esa otra zoonosis y la forma de combatirla.
- 2º) — *Erradicar la rabia canina*. Se necesitan campañas bien planeadas, enérgicas y continuadas, con aplicación estricta de medidas de policía sanitaria veterinaria, y en la actual situación, con imposición de la vacunación obligatoria de los perros, recurriendo sobre todo al empleo de los vacunas avianizadas, debidamente fiscalizadas. El plan de lucha debe ser bien estudiado, ajustado a las recomendaciones técnicas, sin decretos apresurados y de "emergencia", que confunden y perturban; antes de ponerlo en ejecución, debe asegurarse, en breve plazo, la existencia de todos los elementos necesarios para su normal desarrollo; y una vez puesto por obra, continuarlo en forma permanente, aún ante la remisión del índice de infección.

Las autoridades deben otorgar los fondos que sean necesarios. El plan de lucha que hace 10 años hubiera costado 8 millones de pesos, hoy cuesta 80, y en el futuro costará aún más porque, para vergüenza nacional, la rabia canina ha crecido en vez de disminuir. Las antipáticas pero útiles "perre-ras" deben estar permanentemente en la calle, persiguiendo tenazmente al perro callejero; hay demasiados perros en la Capital y alrededores (¡1 por cada 9 habitantes!) y de ellos, más del 50 % o no tienen dueño o son propiedad de gente irresponsable que no se preocupa para nada de ellos y del peligro que representan, y que por lo tanto, no merece tenerlos.

3") — *Iniciar la lucha contra la rabia selvática.* Eliminar la plaga de ratas y ratones, comenzar a preocuparse por la rabia de los zorros en Mendoza y no menospreciar el papel de los murciélagos como depositarios de virus rábico. Que no suceda como con la brucelosis, sobre la cual hace 30 años médicos y veterinarios dieron la voz de alarma, sin ser escuchados, con el resultado de que hoy esa zoonosis provoca innumerables víctimas en la población y cuesta anualmente al país centenares de millones de pesos por las pérdidas que ocasiona en nuestra ganadería.

De no hacerlo así, no se logrará nada positivo, se seguirá fracasando y se justificarán una vez más las palabras del rabiólogo tunecino AMOR CHANDLI, cuando dijo:

"La rabia sólo existe donde los gobiernos la toleran; los pueblos que tienen rabia, la merecen".

Se terminó de imprimir el 24 de
Marzo de 1964 en la IMPRENTA
«CRISOL» S. R. L., Canning 1671
T. E. 71-7621. Buenos Aires.

Imprenta "CRISOL" S. R. L.
Canning 1671 - Buenos Aires